

## ESTADO DE BIENESTAR Y CRISIS ECONOMICA EL PROBLEMA DE LOS JOVENES

JOSE ANTONIO CORRALIZA RODRIGUEZ

### EL ESTADO DE BIENESTAR Y LA CRISIS ECONOMICA (\*)

Empezamos a tomar conciencia de la realidad cuando nos damos cuenta que al analizarla no sólo la definimos en sus dimensiones, sino que nos definimos y nos posicionamos ante ella. Pronunciar la realidad nos implica en ella misma: nos segrega de ella o nos hace poderosos.

Ello se hace especialmente visible al relacionar los dos tópicos que se desarrollan en este seminario: «Estado de bienestar» y «Crisis económica». Ambos tópicos son nombres y conceptos que se refieren a unas situaciones históricas. Y ambos tópicos, nos damos cuenta, remiten a experiencias colectivas que *no* dicen toda la verdad sobre la realidad que nos rodea: lo que es estado de bienestar para unos, para otros significa un persistente estado de miseria; lo que para unos significa crisis económica, para otros, *al mismo tiempo*, supone una boyante situación.

Quiero entender que el planteamiento conjunto de estos dos tópicos surge del planteamiento de un triple problema:

a) Por un lado, el cuestionamiento que se hace en la actualidad del *papel del Estado*, a través de la acción política, en la vida económica: si la actividad económica ha de funcionar regida por la «mano invisible» y, por tanto, regulada sólo por lo que A. Tocqueville creía que era la caracterización más importante de la democracia americana (el propio interés), o si, por el contrario, el Estado ha de asumir el compromiso moral y poner en marcha las estrategias necesarias para distribuir la riqueza y reducir la extrema desigualdad económica existente.

(\*) Los contenidos de este texto, forman parte de un texto presentado en las Jornadas sobre Justicia y Paz, organizadas por los Dominicos en Madrid, en abril de 1984, y en las IX Jornadas sobre Juventud Marginada y nuevas formas de vida, organizadas por Cáritas, en Salamanca, Madrid, abril de 1985.

b) Por otro lado, los graves problemas (paro, generalización de la pobreza, etc.) que nos amenazan, fruto de un proceso histórico que ha creado la sociedad caracterizada por la omnipresencia del poder (económico-financiero, cultural-ideológico) y la reducción de la autonomía de los individuos: se percibe una cierta *sensación de fracaso de los modelos de organización social* construidos después de la Segunda Guerra Mundial. El momento presente está caracterizado por una dominante sensación de incertidumbre respecto al futuro: «En el siglo pasado, los capitalistas estaban seguros del éxito del capitalismo; los socialistas del socialismo; los imperialistas del colonialismo, y las clases gobernantes sabían que estaban hechas para gobernar. Poca de esta certidumbre subsiste en la actualidad... dada la abrumadora complejidad de los problemas con que se enfrenta la humanidad» (Galbraith, J. K., *La Era de la incertidumbre*, 1984).

c) La necesidad de *reestructurar* las formas y los contenidos de las instituciones sociales básicas (la escuela, la familia, las empresas, etc.), para adecuarlas a los nuevos dinamismos generados en la sociedad post-industrial caracterizada por el progreso científico y tecnológico, el desarrollo de los medios de comunicación que han extendido su alcance e intensificado su influencia y el surgimiento de formas de vida y modelos de comportamiento asentados sobre la «ciudad», lugar donde se pluralizan los mundos de vida y el individuo se ve sometido a estímulos heterodireccionales.

El proceso histórico vivido después de la Segunda Guerra Mundial refleja los límites, por no decir el fracaso, de nuestro modelo de organización social. Síntomas como la reducción de los niveles de consumo, el empobrecimiento en amplias capas de la población, la pérdida de confianza en los mecanismos políticos y sociales y la ausencia de alternativas económicas imaginativas, justas y eficaces, no hacen sino persuadir aún más de la necesidad de, aún siendo conscentes de la importancia de la crisis social de nuestro tiempo, indagar y construir experiencias, proyectos y propuestas de *solidaridad* que abran futuro a nuestra sociedad.

## II.—LA CRISIS SOCIAL Y LA MARGINACION JUVENIL

El momento presente que vive la sociedad española reviste una gran importancia para la configuración futura del ser de España: de su estructura social, de su sistema de convivencia política, de su distribución territorial, de su sistema productivo, de su posición en las relaciones internacionales... Podría, así mismo, decirse que la situación actual de la sociedad española va a configurar la situación futura en relación con los valores básicos del orden social: la igualdad, la justicia, etc. Podemos decir que después del cambio institucional acometido en los últimos diez años, la pregunta clave en la actualidad es: ¿Qué contenidos concretos van a rellenar todos los pro-

cedimientos arbitrados? ¿Sobre qué contenidos se va a construir el futuro de nuestra sociedad? En las respuestas a estas preguntas reside, más allá de los vaivenes políticos y de las espectaculares cabriolas de la vida pública española, la excepcionalidad del momento presente. La enseñanza, el ordenamiento territorial y la planificación urbanística..., todo ello revela la importante y estrecha vinculación existente entre la acción política y la vida cotidiana. Lo esencial de la política actual es que el proyecto que se configura va a ser sobre el que se asiente la organización social de las próximas décadas. ¿Reflejan las propuestas que se hacen los deseables valores de igualdad, justicia y participación?

En este contexto excepcional y coyuntural han de ser entendidas nuestras alusiones a la crisis social de nuestro tiempo, cuyas dimensiones, síntomas y claves de interpretación han sido objeto de reflexión en otros lugares (\*). Conviene recordar, sin embargo, una afirmación central:

«Los análisis de la crisis social de nuestro tiempo muestran que ésta no procede de un cuestionamiento de elementos parciales de la realidad social, económica y cultural. Dicha crisis social afecta a todas las instancias de la vida social: desde los modelos de organización social a la vida cotidiana; de los sistemas de referencia cultural a los sistemas productivos; de los valores de referencia a las decisiones desde el comportamiento cotidiano».

La crisis social de nuestro tiempo es una *crisis de onda larga*, no es fruto de un cuestionamiento parcial, no es una tormenta coyuntural. Es fruto de un proceso de crítica a los sistemas que crean consenso político (orden), de crítica a los sistemas que crean referencias culturales (razón), de crítica a los esquemas de distribución de la riqueza (poder-beneficio). En la actualidad, el reto del futuro es ofrecer respuestas integradas que, asumiendo la complejidad y multirrelación de los problemas, ataque los síntomas en sus causas, promoviendo una mayor participación.

En este contexto, los problemas de la marginación juvenil han de ser vistos considerándolos una parte del problema de nuestra sociedad. La marginación juvenil no es un fenómeno específico, explicable por sí mismo, sino que es un indicador de un proceso de deterioro de las condiciones sociales, y un fenómeno estructural ligado a una estrategia para salir de la crisis que no tienen en cuenta todas las dimensiones que serían precisas. El ordenamiento de las ciudades, los desajustes del sistema productivo, la competitividad del sistema educativo, la masificación de la sociedad a través de los medios de comunicación..., todo ello, efectivamente, sirve para que nos demos cuenta de que los problemas de marginación juvenil no son una disfunción coyuntural del sistema, sino más bien una secuela constitutiva de

(\*) Vid. *Corintios XIII*, nn. 31-32 (1984) y *Documentación Social*, n. 58 (1985).

las opciones básicas de nuestro modelo de organización social, económico y cultural.

Las situaciones de marginación juvenil no afectan a dimensiones parciales de la vida de las personas. La experiencia del marginado es totalizadora y afecta a todo su universo vital: sus actitudes y esquemas de respuesta, el mundo profesional o de preparación al mismo, su vida cotidiana, etc., se convierte en un conjunto de situaciones que se diferencian claramente de los modelos ideales, y se reducen a una experiencia de persistente frustración, calificada de degradación y objeto de una fuerte presión informal (respuestas espontáneas) e institucional (policía, cárceles, etc.). En esta situación, la marginación juvenil es un fenómeno de reclusión en un ámbito sin rejas, pero acotado en las expectativas de cambios futuros.

El problema se agrava si consideramos el desprecio y la distancia de esta experiencia del mundo convencional de los adultos.

La problemática de la marginación juvenil plantea, asimismo, la insuficiente capacidad que nuestra sociedad tiene para afrontar los desequilibrios sociales, desigualdad de partida, y la compensación de las diferentes posiciones de salida de los individuos. El modelo de Estado de bienestar (Welfare State) que pretendía ampliar este objetivo, partiendo del ideal político de la igualdad de oportunidades, puede considerarse insuficiente y solamente retórico. Sus esquemas de este mismo modelo que se asentaban sobre el ideal de la compensación y la redistribución de la riqueza a través de la acción política del Estado constituye, en estos momentos, una fantasía, más por la inoperancia de los mecanismos que por la falta de voluntad política para llevarlo a cabo. Mientras tanto, a pesar de las milimétricas variaciones, la riqueza se sigue concentrando, y los pobres no sólo crecen en número sino que están cada vez más marginados.

Hay que tener presentes todos estos elementos al hablar de los problemas de los jóvenes. Ellos son víctimas también de esta situación, pero sobre todo, son los que deben ofrecer salidas a esta situación.

### III.—LOS JOVENES Y LOS PROBLEMAS SOCIALES

Según datos del Atlas del Banco Mundial (1983), la población de la Tierra asciende a 4.472 millones de habitantes. Se estima que el 40% de la población tienen en la actualidad menos de 15 años y que cerca de las tres cuartas partes de la población tienen menos de 30 años: probablemente, estemos ante la mayor generación de jóvenes de toda la historia.

Los datos globales no pueden impedir que consideremos las extremas diferencias existentes entre unos grupos de jóvenes y otros. Podemos ciertamente afirmar que el proceso histórico que vivimos no afecta a todos los

jóvenes por igual. El entorno en el cual se produce el proceso de socialización marca definitivamente la situación de los jóvenes. Podemos distinguir genéricamente entre entornos carenciales y entornos enriquecidos y, en función de la riqueza o carencia de los estímulos ambientales, se configuran unas experiencias juveniles no sólo diferentes, sino a veces completamente contrapuestas.

Son varios los criterios que introducen diferencias transversales en el colectivo poblacional juvenil:

— En primer lugar, la diferenciación entre *mundo y mundo urbano*: a pesar de la homogeneización de las condiciones de vida que ha producido la «masificación» de la sociedad, aún persisten diferencias notables entre el mundo rural y mundo urbano, que configuran experiencias y actitudes sociales diferentes. Ello afecta notablemnt a los jóvenes, a pesar de los rasgos aparentes que indican lo contrario (moda, lenguaje, etc.). La situación laboral, las condiciones de escolarización y las expectativas de cara al futuro definen rasgos diferenciales entre un colectivo y otro. Esta dicotomía no puede hacer que olvidemos otros criterios de diferenciación, como la clase social o el status socioeconómico de la familia, o el tamaño y condiciones del hábitat de residencia, que introducen, así mismo, diferencias significativas.

— En segundo lugar las diferentes experiencias juveniles asociadas al hecho de estar *escolarizado o no escolarizado*. Los datos de que disponemos indican, efectivamente, que esta variable está asociada a otras variables fundamentales, como el status profesional y socioeconómico de la familia, la zona de residencia, etc. Pero, en sí, constituye un hecho significativo que diferencia a los jóvenes entre sí, marcando definitivamente no sólo las expectativas de futuro, sino los valores, normas, y comportamientos de los jóvenes mientras lo son (diferencias en el fracaso escolar).

— En tercer lugar, la *actividad* versus la *inactividad* (paro, etc.) definen entornos de los jóvenes que producen, así mismo, diferentes colectivos juveniles. En estos momentos se estima que al menos la mitad de los parados es menor de 25 años. Los datos son contrastables. Lo importante es que no se pierdan de vista las consecuencias psicosociales que tiene la inactividad: desde el aburrimiento a la carencia de recursos propios para el mantenimiento del ideal consumista imperante en nuestra sociedad; desde la reducción de las aptitudes profesionales, hasta el surgimiento de actitudes fatalistas; desde la asunción de la situación presente como un estado de transitoriedad que se alarga, hasta la génesis de una cierta conciencia de dependencia familiar.

Evidentemente, todas estas dimensiones endurecen las condiciones de vida de los jóvenes, y hacen que surjan nuevas situaciones que son frutos de la puesta en marcha de mecanismos adaptativos al nuevo marco: la experiencia del «colgado»; del «aprendiz ya maduro»; del «niño de 27 años», etc.

— En cuarto lugar, el hecho de estar en contacto con marcos/grupos de referencia *normalizadores* o de, por el contrario, estar en contacto con marcos/grupos de referencia *marginalizadores*. Este criterio constituye un elemento básico para determinar el carácter carencial o enriquecido de un entorno, y su influencia configura el surgimiento de comportamientos diferenciados entre los mismos jóvenes. La marginación básica de los jóvenes es vivida según el carácter del entorno, o como un lujo que se vive en excitantes lugares enmoquetados (Pubs newstyle, etc.) o como una sórdida experiencia cotidiana en las calles y plazas deficientemente urbanizadas de los barrios bajos de las grandes ciudades. Las secuelas y actitudes que de ahí surgen son completamente diferentes.

Es evidente, pues, que las diferencias en el entorno socializador producen un distintivo de origen que, en efecto, obliga a hablar de diferencias significativas entre los mismos jóvenes. Convendría sin embargo ensayar la formulación de algunas características comunes que nos dieran algún rasgo, aunque reductor, significativamente relevante para la definición de la situación tal de los jóvenes.

#### IV.—LOS «NUEVOS» JOVENES

De alguna forma hay que superar las viejas concepciones de la juventud e intentar la comprensión de la nueva situación. En efecto, ya no nos encontramos ante la experiencia juvenil de los años 60, caracterizada por la rebelión; ni ante la experiencia juvenil de los 70, caracterizada, a su vez, por el pasotismo. En mi opinión, las minorías típicas (más significativas) de los jóvenes de los años 80 está caracterizada por un síndrome complejo de *frustración e impotencia*, y de una cierta *resignación*. Ello explica el abanico de respuestas que la actual situación provoca en los jóvenes: respuestas que, como en toda situación de frustración, están caracterizadas por dosis fuertes de agresividad o, contrariamente, por comportamientos marcadamente adaptativos.

Se detectan muchos síntomas de la situación actual. En mi opinión las más importantes son tres:

— En primer lugar, la adolescencia prolongada o la *crisis de incorporación al mundo de los adultos*. Este hecho, enunciado ya hace tiempo, se manifiesta en la falta de confianza en las instituciones (escuela, familia, etc.) y procesos sociales (la política) y en el aumento de la distancia afectiva respecto al mundo de los adultos y, consecuentemente, en una mayor vinculación a los «colegas». Paralelamente, aparecen nuevos ámbitos de convivencia no institucionalizados que se erigen en ámbitos de referencia. Destaca

en este sentido la experiencia de «*la calle*» de grupos muy significativos de jóvenes.

— En segundo lugar el paro (inactividad) o la *crisis de incorporación al mundo profesional*.

Como se ha dicho anteriormente, la inactividad potencia un mayor nivel de aburrimiento y de soledad. Y ambas dimensiones reflejan una crisis de sentido más profunda. El sentimiento de inutilidad, un bajo nivel de autoestima y una reducción de las posibilidades de futuro son secuelas evidentes en muchos colectivos juveniles, incapaces ellos mismos de dar soluciones en este contexto a los problemas de organización de la vida cotidiana.

— En tercer lugar la *falta de horizontes de futuro*.

A ello contribuyen los factores antes mencionados, pero no hay que olvidar otros elementos igualmente significativos a este respecto.

Así, por ejemplo, la ausencia de una *visión global* del mundo, ideológica o utópica, la falta de *cauces organizativos* que conecten con los centros de interés de los jóvenes (el asociacionismo juvenil se sitúa según las estimaciones, entre el 8 y el 11%) y la falta de una *conciencia política* que dimensione la acción individual en un proyecto de futuro, son elementos que dificultan la plasmación cultural de la aportación de la presente generación.

## V.—UNA SOLUCION: LA SOLIDARIDAD

Las reflexiones anteriores quieren llamar la atención sobre la multiplicidad de los problemas y su gravedad en muchos casos. Los problemas, en efecto, son reales, pero la misma dosis de realidad tiene la posibilidad de solucionarlos en un futuro.

Este conjunto de problemas plantea tres ideas, que formulamos como afirmaciones marco en las cuales debe insertarse nuestro trabajo:

- 1.—*Las situaciones actuales de marginación juvenil, en conjunto, constituyen síntomas que reflejan la crisis y el proyecto de reestructuración de nuestra sociedad.*

En consecuencia, y a largo plazo, las propuestas de trabajo en el campo de la marginación juvenil han de tener en cuenta la necesidad de cambiar la organización social que produce estas situaciones problemáticas. La lucha contra la marginación se ha de hacer desde una opción radical por crear un nuevo modelo de organización social.

- 2.—*La gravedad y el dramatismo de las situaciones de marginación juvenil no deben hacer olvidar el caldo de cultivo (contexto social inmediato) en que éstas se producen.*

En consecuencia las propuestas de trabajo deben *tocar* los universos inmediatos que rodean al joven. La problemática laboral, la familia, la escuela, la calle y los ámbitos sociales intermedios (barrios, pueblos, etc.) han de constituir prioridades de trabajo en la lucha contra la marginación juvenil. No hay que olvidar que el objetivo no es integrar a un individuo, sino hacer que éste sea autónomo, capaz, y aporte su acción a los universos que le rodean. La lucha contra la marginación se ha de hacer desde una opción radical por crear y recrear nuevas formas de vida. Ello constituye un objetivo, a medio plazo, que no debe ser olvidado.

- 3.—*Los déficits y las carencias (de trabajo, de escuelas, de universos de referencias, de equipamiento cultural, de tiempo libre, etc.) de los jóvenes en situaciones de marginación plantean así mismo un reto a los sistemas de servicios sociales tal y como están concebidos en la actualidad.*

En consecuencia, a corto plazo, se han de hacer propuestas de servicios directos con objetivos claros, que constituyan una respuesta inmediata a los problemas de los jóvenes, garanticen su participación y protagonismo no como meros pacientes, y constituyan instrumentos de promoción a medio y a largo plazo. La lucha contra la marginación exige el planteamiento de nuevos criterios de la organización de la acción social en el campo de la marginación juvenil.

En suma, la programación y planificación de actividades con jóvenes marginados ha de responder a una triple exigencia:

— En primer lugar, ha de llevar consigo una oferta concreta de *servicios sociales* directos, que den respuesta a los problemas inmediatos dentro de una lógica de promoción, y no de mera asistencia.

— En segundo lugar, dicha oferta es incompleta si no contempla un hecho, por lo demás obvio: se trabaja con personas y para que sean personas. Es necesario, pues, no olvidar una serie de criterios que respeten *las exigencias educativas* del proceso.

— En tercer lugar, todo planteamiento de la acción social ha de estar relacionado y reflejar, en sus propuestas, objetivos y agentes una estrategia de *transformación* para toda la sociedad.

Tal vez el problema mayor es conseguir que los mismos jóvenes busquen nuevas formas de solidaridad, para actuar contra los problemas que les afectan, que son problemas de la sociedad misma.

Pero ello exige también la *puesta en marcha de dinamismos sociales que*



*reconstruyan las formas de solidaridad* sobre supuestos diferentes a los esquemas de consenso actuales. En este sentido, la potenciación de ofertas de servicio sociales que ofrezcan respuestas a los problemas de los jóvenes, y una política de juventud en la que los mismos jóvenes sean los protagonistas no son desdeñables. Pero ello no servirá de nada si las instituciones sociales no cambian sus actitudes.

Las instituciones sociales deben abandonar sus actitudes de prepotencia y acercarse a comprender desde dentro la situación que los jóvenes viven. Sólo desde esa actitud puede recuperarse la capacidad de, entre todos y desde abajo, construir alternativas de futuro a los problemas de la sociedad.